

MASAKUNI ODA

# ZANGETSUKI

CRÓNICAS DE LA LUNA

残月記

minotauro

**MASAKUNI ODA**  
**ZANGETSUKI**  
**CRÓNICAS DE LA LUNA**

残  
月  
記

minotauro

*Zangetsuki. Crónicas de la luna*

*Zangetsuki*

©Masakuni Oda, 2021

Originalmente publicado en Japón en 2021 por FUTABASHA Publishers.  
Derechos de traducción al español acordados con FUTABASHA Publishers  
a través de TOHAN CORPORATION, TOKYO.

Traducción: © Daniel Aguilar, 2025

Diseño de cubierta: Branca Studio

Revisión: Balloon Comunicación

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1982-5

Depósito legal: B. 12.680-2025

*Printed in EU / Impreso en UE*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra *newsletter* en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

## I

Al parecer, cuando tenía cerca de un año, Takashi sentía miedo de su propia sombra y, con objeto de apartarla de la planta de sus pies, brincaba delante del restaurante de sus padres como si hubiera enloquecido. Si alzaba los brazos, aquella figura de color negro hacía lo propio y si levantaba una pierna, «aquello» también le imitaba. Por más rápido que corriese, la sombra continuaba pegada a él sin retrasarse ni una fracción de segundo. Si daba un salto, conseguía apartarse de ella, aunque solo por un instante, pero la cosa negra sabía con antelación, mucho mejor que él, el punto donde volvería a tocar tierra y se adelantaba para esperarlo allí. Por supuesto que Takashi no conservaba los recuerdos de lo que le aconteció con un año de edad, pero todavía hoy, a los cuarenta y tres, le daba la sensación de que los ecos de aquel terror continuaban resonando en algún lugar de lo más profundo de su ser.

Por cierto, que la expresión «brincaba como un loco» era la forma en que lo describía en su día el padre, que por aquel entonces todavía regentaba un restaurante de *sushi* en la ciudad de F, prefectura de Chiba. Su madre, en cambio, no decía esa clase de cosas. Ella era incapaz, sucediera lo que sucediera, de hablar mal de nadie o de burlarse. La madre de Takashi era una mujer de manos pequeñas y suaves, manos que de ninguna manera podían cerrarse en un puño para alzarse contra alguien y que se limitaban a estrecharse frente al pecho como en una actitud de rezo. Por el contrario, el padre abría su bocaza salpicada de dientes de plata y se reía con unas carcajadas que daban dolor de cabeza mientras decía: «Tenías miedo de tu propia sombra y brincabas como un loco delante del restaurante, lloriqueando». El hombre era así. Le gustaba explayarse a gusto fingiendo no darse cuenta de que estaba dejando al otro en ridículo.

Sin embargo, lo cierto es que ese miedo hacia la figura que lo perseguía quizá se viera incrementado por cierta broma inocente de su madre. Y es que fue precisamente ella quien le dijo que el implacable perseguidor no era una simple sombra.

De vez en cuando, la madre de Takashi le decía: «Fíjate, Takachan, la luna redonda nos viene siguiendo».

Tal y como señalaba la madre, cuando la luna llena lucía muy baja en el cielo, de tanto en tanto se ocultaba entre las casas y entonces, después de que uno bajase la guardia, de pronto volvía a asomar el rostro en el vano existente entre dos edificios para, sin un solo parpadeo, quedarse mirando fijamente. Cuando, de noche, Takashi andaba por un camino o iba en coche, autobús o tren, la luna cruzaba veloz por el cielo del barrio de enfrente, acompañándolo. Cierta día de sus tiempos en el jardín de infancia, tuvo lugar la siguiente conversación.

—¿Sabes por qué la luna viene siempre detrás de nosotros?  
—le preguntó su madre.

De por sí, dado que la luna pendía a una altura tan lejana como 380 000 kilómetros, por mucho que uno se esforzara en patalear en un barrio de ese insignificante país llamado Japón, no podía librarse de ella. Sin embargo, la respuesta de la madre a su propia pregunta no iba en ese sentido.

—Piensa un poco. ¿Sabes cuál es nuestro apellido?

—Otsuki... —contestó el pequeño Takashi.

Al tiempo que lo decía, sintió que le habían hecho descubrir un gran secreto. Con aquella edad, todavía desconocía que el ideograma de «tsuki» con que se escribía la mitad de su apellido no correspondía al de «luna», aunque se pronunciase igual, sino al antiguo nombre del árbol *zelkova* en el idioma japonés. Así que, fonéticamente, «Otsuki» podía interpretarse como «gran luna». Por eso, como las dos palabras sonaban igual, se quedó con la nítida imagen de que, por encima de su nombre, en suma, por encima de él o, incluso, por encima de su vida, pendía siempre una gigantesca y reluciente luna.

«Ah, entonces es por eso... —pensó—, por eso la luna me persigue».



## II

Takashi había crecido con la idea de que, puesto a ser padre, sería uno tan dedicado que casi resultaría asfixiante. En otras palabras, que no sería un padre como había sido el suyo. Que no sería un padre que mirase a su familia como si estuviera mirando una botella vacía de sake. Por eso, cuando hace siete años nació su primer hijo, Taisuke decidió para sus adentros que no dejaría extinguirse la costumbre de comer fuera todos juntos en familia. Al menos dos días por mes, se reunirían todos en torno a la mesa y se mirarían a los ojos unos a otros. Crearía un ambiente en el que las palabras fueran lo único a lo que poder recurrir. Sin televisión, sin aparatos de juegos, sin teléfonos inteligentes y sin tabletas. Si alguno quería apartar de sí el silencio o el aburrimiento, tendría que hablar de algo. Aun cuando no hubiera necesidad de recrear la vida de una de esas vulgares y ruidosas familias que salían en las series de televisión, sí que se podía crear la atmósfera necesaria para hablar de las cosas con una mayor franqueza de lo habitual. Y eso era algo importante. Un espacio y un tiempo especiales, donde se pudiera hablar de manera algo más abierta, siquiera un poco. Así, la pequeña sensación de incomodidad que pudiera nacer en esos momentos se podría deshacer sobre la marcha y volver a casa con la cuestión ya resuelta para poder seguir viviendo en paz. Ahora que su hijo Taisuke y su hermanita Mio eran todavía pequeños, el asunto no revestía mayor dificultad, pero saltaba a la vista que con el tiempo el sistema se volvería más arduo. Sin embargo, precisamente porque la costumbre se tornaba más difícil, costaba decidirse a terminar con ella y se prorrogaba por una mera cuestión de inercia, como una molestia insoslayable. La vergüenza y la pereza de acabar con ello constituían una prueba más del vínculo familiar.

Era un domingo a finales de octubre. Había que preservar la costumbre, así que hacia las seis y media de la tarde Takashi salió de casa llevando consigo a su esposa, Shiori; al hijo, Taisuke, que con siete años recién cumplidos acababa de entrar en primaria; y a la pequeña Mio, a punto de cumplir los tres. Enseguida se les adhirió a la piel el aire del otoño, más frío de lo esperado, pero lo que estremeció a Takashi no fue dicha frialdad, sino la luna llena que acababa de asomar su rostro por encima del conjunto de viviendas. Takashi, que llevaba a Mio en vilo, estrechada en su brazo izquierdo, se paró en seco apenas al salir de la casa, como si se hubiera dado de bruces con la luna.

Algo hacía sentir que no se trataba de una luna corriente. Podía aceptarse el hecho de su tonalidad vagamente rojiza, como si una tenue nube de óxido la recubriese, pero, aparte de eso, algo indefinible provocaba que su aspecto no fuera el de una luna llena ordinaria. Quizá se encontrase orbitando en un punto cercano a la Tierra, pero el caso es que a Takashi le pareció más grande y más hinchada que otras veces, aunque también es cierto que, cuando se encuentra todavía a baja altura, la luna llena siempre se ve a un tamaño mayor del habitual. Takashi se hallaba pensando a qué se debería esa inusual sensación que le causaba cuando le interrumpió la voz de Mio, estrechada en su brazo.

—Oh, la luna...

De un tiempo a esta parte, Mio era incapaz de ver algo conocido sin pronunciar su nombre. Como si por el mero hecho de nombrarlo ya se convirtiera a medias en propiedad suya.

—Pero no es la luna sin más, sino que cuando se ve así, se llama luna llena —intervino Taisuke dándose sus habituales aires de hermano mayor. Lu-na-lle-na. Prueba a repetirlo tú también.

Mio sonrió, pero acto seguido miró hacia otro lado, ignorando a su hermano. Quizá fuera el espíritu de la contradicción propio en los niños de dos o tres años o quizá fuera una característica específica de esta niña, pero el caso es que cuanto más le dijeran a Mio «prueba a decir esto», menos ganas sentía de hacerlo. Pero aun así Taisuke, sin darse por vencido, repetía «lu-na-lle-na; venga, dilo tú también». Entonces Shiori, conteniendo a duras penas la risa, intervino:

—Por más que le insistas así, Mio no va a decirlo. Más te valdría intentarlo con un «no debes decir nunca esto»...

Mientras asistía a este intercambio verbal entre los tres, a Takeshi le pareció que había aprehendido el motivo de la rara sensación que le causó aquella luna. Cruzó por su cerebro una extraña emoción: «Ah, así que los demás también pueden ver *aquello*». Y de pronto se dio cuenta de que hasta entonces estuvo sumido en una situación en que solo él, separado de su familia, tenía que hacer frente a la luna. Se trataba de una idea absurda, pero no resultaba en modo alguno una sensación por completo nueva.

Hacía muchos años, como regalo por haber ingresado en la escuela primaria, sus abuelos por parte materna le regalaron un telescopio refractor. Los abuelos por parte paterna le regalaron una mochila escolar y su madre un telescopio ordinario. Pero no era un artículo de mentirijillas para engañar a los niños. Venía con un sólido trípode, tenía un calibre de 70 mm y llegaba hasta los 150 aumentos, por lo que, si uno deseaba hacerlo, podía ver con él hasta el aspecto que presentan Júpiter o Saturno. Sin embargo, ni que decir tiene que lo que más miraba Takashi con él era el astro más cercano, es decir, aquella «gran luna» que tanta influencia ejercía en su vida.

Vista a través del telescopio, la Luna aparecía con una precisión tan tétrica como la de los insectos bajo una lupa. La vasta extensión desértica, similar a una capa de cenizas, producía la impresión de un hueso esférico sin la menor traza de carne que flotase en el espacio. Pero, aun así, la luna no dejaba de atraer a Takashi. La Luna parecía ocultar algún secreto importante desde hacía mil millones de años, pero, al mismo tiempo, se diría que si uno apartaba la mirada podía empezar a desvelarlo en cualquier momento, por lo que de vez en cuando a Takashi le entraba un ardiente deseo de echar mano al telescopio y enfocararlo hacia ella para ver qué sucedía. En cierta ocasión, de pronto le asaltó la siguiente idea. Por muy grande que sea el mundo, solo yo estoy viendo la Luna en este instante y en este lugar, así que esta es «mi luna», una luna de mi única propiedad. Resultaba una sensación realmente peculiar. Era como si en el universo no existie-



ra nada más y, olvidados por el resto, la Luna y él flotasen por toda la eternidad el uno frente a la otra. Una fría y estremecedora sensación de soledad.

Quince minutos después, ya estaban los cuatro en uno de esos restaurantes asequibles para ir con la familia, sentados en una mesa junto a la ventana. Tal y como sugería su nombre de Brickhouse, se trataba de un edificio de muros de ladrillo que le conferían cierta elegancia y, como quedaba a unos diez minutos andando desde su casa, desde que comenzaron a vivir en ese barrio iban como una vez al mes. Pero, aunque se tratara de un restaurante enfocado a las familias, ni era uno de esos sitios donde entraba de repente una ruidosa familia en chándal y el pelo teñido de castaño, ni tampoco un local donde esos jóvenes que no tenían mejor lugar al que ir se pasaban las horas muertas hasta las tantas de la noche con la barbilla apoyada en la palma de la mano. Era un restaurante serio, sin adornos innecesarios, donde gente realista con los pies en el suelo venía a tomar comida a precios realistas con los pies en el suelo.

Taisuke cogió al instante el menú y contempló como inmerso en profundas dudas la columna de las escasísimas opciones de bebidas para niños. Takashi pensó que al final, como siempre, escogería una cocaola, pero como, por supuesto, a Taisuke le hería en su orgullo que le dijeran «una cocaola como siempre, ¿no?», cada vez que venía se esforzaba por aparentar que la elección de dicha bebida era el resultado de una larga reflexión que le llevaba en el último momento a decantarse por ella.

Shiori le dio también una carta a Mio y, como hacía siempre, le preguntó con una sonrisa:

—¿Qué pone aquí?

Mio, mirando las fotos de la carta, le siguió la corriente.

—La *hamburguecha* le ha dicho a los *supaguechis* que ya no quiere jugar con ellos.

Al instante se había inventado una historia a partir del menú. Mio contestó con una soltura tal que nada indicaba que le hubiera costado un esfuerzo de creación. Si ya con poco más de dos años era así, parece evidente que, en cuanto a facilidad de mentir, el hombre nunca puede llegar a alcanzar a la mujer.

—Es que de un tiempo a esta parte, los *supaguechis* le gastan muchas bromas pesadas.

—¿Has oído, Takashi? —preguntó Shiori con una risa. «De un tiempo a esta parte», dice. Y, en principio, ha empleado la expresión correcta que correspondía.

Takashi también se rio.

—Mio, cuando dices «de un tiempo a esta parte», me haces pensar en otras cosas.

—Por ejemplo, ¿qué cosas? —preguntó Taisuke terciando en la conversación.

Takashi pensó unos instantes.

—Pues lo de «tiempo» me sugiere, por ejemplo, unos truenos y lo de «parte», que parten los árboles.

—¡Menuda imaginación! —se admiró Shiori con cierto tono jocosos. ¡Eres un genio!

—Ha sido casualidad, estoy seguro —dijo Taisuke cruzándose de brazos compungido por la derrota.

—Nada de casualidad. Desde que era un niño, siempre he estado pensando en los truenos.

—¡Qué mentiroso! —exclamaron a un tiempo Shiori y Taisuke.

—¡Qué mentiroso! —repitió unos segundos después Mio con una enorme sonrisa.

De esa manera, la niña añadió una palabra nueva a su vocabulario. Taisuke, en definitiva, pidió con aire incómodo una cocaola, pero ni Takashi ni Shiori le mortificaron con un «¿otra vez lo mismo?». Mio escogió una bebida láctea, Calpis; Shiori, un zumo de pera; y Takashi, una caña de cerveza de la marca local que hacían en una fábrica de la ciudad vecina. La variedad *pale ale* costaba nada menos que novecientos yenes por vaso, pero Takashi tenía la idea de que esos pequeños lujos eran su (débil) revancha hacia el mundo.

Para alguien como él, que aspiraba a convertirse en profesor de universidad, la edad con que contaba suponía no ya el invierno, sino la puerta al periodo de glaciación, pero, por fortuna, tras largos años arrastrándose como profesor no numerario, por fin había conseguido salir del hoyo y, a sus treinta y cinco años,

convertirse en profesor adjunto de Ciencias Sociales en una universidad de Tokio. Tras recorrer un largo largo túnel, de pronto surgía ante él un deslumbrante cielo azul. Por fin iba a poder disfrutar de la vida, a comenzar su existencia como un hombre hecho y derecho en donde el mundo le devolvía todo aquello que él le había prestado.

Habían transcurrido quince años emparejado con Shiori, desde sus tiempos de estudiante hasta que consiguieron casarse. Durante esos quince años, una sola vez aconteció un período en que estuvieron separados, pero no se debió a que alguno de los dos hubiese dejado de querer al otro, sino a que Takashi, que veía cómo pasaban los años sin conseguir un trabajo de profesor fijo, fue infravalorándose y considerándose indigno de ella. Para sus adentros, Takashi llamaba a Shiori «la esposa de los tiempos difíciles». Estaba seguro de que, aunque se reencarnara en otra vida y pasara un tiempo divirtiéndose a placer con otras mujeres, al final, como quien vuelve a puerto seguro, terminaría casándose otra vez con ella.

Shiori era una mujer un tanto peculiar. Ya habían pasado más de veinte años desde que la conoció, pero Takashi no la había visto llorar ni una sola vez. Tampoco la había visto enfadarse hasta el punto de perder el control de sí misma. Claro que había momentos en que se reía o momentos en que se deprimía o también otros en que se enfadaba, pero parecía como si su espíritu viviera en una habitación de techo muy bajo, temiendo siempre que, si se dejaba arrastrar por sus emociones, levantaría demasiado la cabeza y se golpearía contra el techo.

Tampoco cuando en cierta cafetería él le confesó que deseaba separarse, Shiori perdió el control de sí misma. Se mantuvo un tiempo en silencio, como si esperase inmóvil a que un arrebato muy peligroso se retirase como la marea, y después, con una voz seca que apenas temblaba, se limitó a esta frase: «Qué cosas tan tristes dices...».

En el instante en que escuchó aquello, Takashi sintió su pecho atravesado por la vívida sensación de que cuando Shiori decía estar triste, realmente lo estaba. Y que esa tristeza se sentaba junto a la Shiori que tenía frente a sí y que, cuando la misma

Shiori se marchara, iría pegada a su espalda. Y que cuando Shiori se acostara, la tristeza se metería en el futón con ella y cuando Shiori abriera los ojos por la mañana, la tristeza se despertaría con ella. Que sería una tristeza pegada todo el tiempo a ella como una sombra. Al final, Takashi solo aguantó medio año separado de Shiori.

Durante el tiempo que estuvieron separados, un día Takashi cayó en la cuenta de que aquella personalidad tan formal de Shiori se parecía mucho a la de su propia madre. Y, desde el momento en que lo advirtió, fue como si aquel hecho estuviera escrito en un papel que él llevase pegado en la frente e hiciera reír a todo el que lo viera. «Papá, qué cosas tan tristes dices». No recordaba Takashi que su madre hubiera dicho nunca eso, pero cuando su padre soltaba un torrente de impropiedades aduciendo razones a cuál más forzada, ella adoptaba una expresión que parecía estar diciendo esa frase. Después de imaginarse varias veces la escena, al final Takashi incluso terminó por sentir que en realidad su madre sí había hablado de tal manera, pero él lo había olvidado. La madre de Takashi falleció cuando él tenía quince años, pero estaba seguro de que, si la ponía de pie junto a Shiori y les daba un golpecito con el dedo, ambas emitirían un límpido tintineo cargado de una tristeza similar. Nunca se le había pasado por la cabeza que él hubiera buscado una mujer parecida a su madre, pero en cambio sí que sonaba bastante probable que, aunque no la estuviera buscando, cuando cruzó por delante de él le llamase la atención lo suficiente como para detenerse a mirarla. Y entonces, de un modo impreciso, decidiera sentar la cabeza y comenzar a vivir con ella.

Takashi contempló cómo Shiori, con objeto de enfriarla, soplabla el trozo de hamburguesa del menú infantil que había pedido Mio. La niña, impaciente, estaba con la boca medio abierta y, de tanto mirar la carne que tenía pinchada en el tenedor, tenía las dos pupilas casi pegadas al puente de la nariz, ofreciendo un aspecto muy gracioso. Cuando estaba embarazada de Mio, Shiori se dejó el pelo muy corto, aunque antes le llegaba hasta los pechos. Dijo que era porque su cabellera ya no era tan

frondosa como antes. Y que, si se lo dejaba largo, el peso del cabello haría que se le aplanase y destacara más el cuero cabelludo de la raya que separaba ambas mitades, lo cual no le gustaba. Takeshi intentó consolarla diciendo que no tenía por qué preocuparse de esas cosas, pero en el fondo sabía que no serviría de nada. «Ah, así que hay mujeres que se dejan el pelo corto por ese motivo», comprendió. «Seguro que Shiori ha dudado mucho hasta que ha tomado la misma decisión». Pero, una vez que ella se dejó el pelo corto, su aspecto se volvió todavía más parecido al de la madre de Takashi. Sin embargo, él no le hizo ningún comentario al respecto.

A continuación, Takashi dirigió la vista hacia Taisuke, quien, sentado a su lado, masticaba la «tortilla francesa esponjosa con arroz».

—Por cierto, Taisuke, ¿cómo va lo de tus dientes?

Hasta entonces, Taisuke comía masticando con unos bocados que levantaban desagradables sonidos chasqueantes, pero al oír la pregunta, de pronto, cerró la boca, adoptó un aire inocente y pasó a comer mordiendo muy poco a poco. Hacía nada que se le habían caído los dos incisivos centrales de la mandíbula superior y parecía el boquete dejado por una puerta que hubiera saltado por los aires, pero desde unos días antes le había salido el nuevo incisivo izquierdo. Un diente que, además, era tan grande y mellado en su extremo que recordaba a la pala de una excavadora, lo cual, seguramente, terminaría por afeár la alineación de su dentadura. Taisuke, a todas luces, había salido en eso a su padre y Takashi se daba cuenta de que la responsabilidad de tener hijos puede alcanzar hasta su dentadura. Recordó que de niño su madre a menudo le pedía perdón por ello. Entonces no comprendía el motivo, pero ahora lo entendía casi demasiado bien.

—¿No piensas enseñármelo? —preguntó Takashi a su hijo en tono de burla. Bueno, pues si no quieres, vale. Sigue comiendo con la boca cerrada.

—Es que le da vergüenza —intervino Shiori. Como tú siempre le dices que parece la pala de una excavadora...

—¿He dicho yo eso?

—Sí, lo dijiste, y hasta tres veces —contestó Taisuke con la misma expresión impertérrita de antes.

—¿Cómo? ¿Y por decirlo tres veces ya no lo enseñas? ¿Descalificado por tres palas?

—¿Qué deporte es ese? —se rio Shiori.

Por lo visto, a Taisuke también le había hecho cierta gracia, ya que abrió inconscientemente los labios un poco más en una sonrisa y asomó el incisivo en cuestión.

—Bueno, pues parece que no —dijo Takashi echando una ojeada al diente. Todavía no he sido eliminado. ¡Aún puedo ver la pala de excavadora!

—¡Déjalo ya! Y baja la voz —reprendió Shiori a su escandaloso marido, aun sin dejar de sonreír.

Mientras transcurría aquella rutinaria cena familiar, Takashi, como quien se sorprende de pronto por una corriente de aire, se dijo a sí mismo: «No había caído en la cuenta, pero ¿consistirá en esto la felicidad? ¿Será que he conseguido alcanzar la felicidad?».

Desde que consiguió una plaza de profesor fijo en la universidad actual, su vida había dado un giro tan inesperado que sentía ganas de frotarse los ojos para asegurarse de que no estaba soñando. El hecho de que en la primavera de hacía dos años, a los cuarenta y uno de edad, hubiera ascendido a profesor encerró sin duda una gran importancia, pero además contribuyó en gran medida que ya hubiese conseguido publicar hasta seis libros; uno de los cuales, *Los patriotas sin rostro*, que trataba sobre el crecimiento de las tendencias derechistas en la política japonesa actual, se convirtió en un *best seller* al superar los cien mil ejemplares vendidos. En la solapa del libro se incluía una fotografía en color del propio Takashi, más atractivo que nunca, lo cual hizo que tanto Shiori como algunos conocidos bromearan con comentarios del tipo de «los efectos digitales modernos son increíbles, cómo mejoran el aspecto de la gente». Por otra parte, hacía unos tres meses se había publicado un libro consistente en un diálogo entre un filósofo de vanguardia de su misma generación y él, de título *Cómo salvar este Japón insalvable*, que ya contaba con un par de reimpresiones.



Sin embargo, seguramente, lo que más contribuyó al cambio experimentado por su vida fue que desde la primavera de este año, a razón de dos veces semanales, había comenzado a intervenir como comentarista en el programa de noticias de una cadena de televisión local de la región de Kanto. Aquella fotografía suya en la solapa del libro no ejercía apenas ningún efecto en la sociedad, pero cuando se trata de la televisión, lógicamente, la diferencia resulta notable y, de pronto, el suyo se volvió un rostro conocido. Incluso el gerente del restaurante donde se encontraban ahora, un hombre de cuarenta y tantos años llamado Ono, hace unas semanas se sobresaltó un poco al reconocer su rostro. No llegó hasta el punto de pedirle un autógrafo, pero a Takashi sí le dio la sensación de que, desde entonces, al menos un tercio del personal del local le trataba con mayor amabilidad.

Con todo, de por sí Takashi era de personalidad prudente, alguien que no se dejaba ilusionar con facilidad. Puesto que pudo superar los malos tiempos precisamente por no confundir la mala suerte con la ausencia de talento, ahora, como es lógico, tampoco dejaba que la buena suerte desdibujase sus capacidades reales. Pero, más que eso o que ninguna otra cosa, en Takashi existía cierto temor al concepto de ser feliz. Era consciente de que, visto desde fuera, suponía la viva imagen de un triunfador, pero había algo en la palabra «felicidad» que le impedía confiar en ella. La desgracia acechaba continuamente, aguardando el momento en que la felicidad desfalleciera. Lo mejor era permanecer esperando tranquilamente con la boca abierta a que algo cayera. Sin embargo, también en el fondo del corazón de Takashi existía una escena que siempre le aguardaba a él con la boca abierta.

La madre de Takashi falleció cuando él estaba en el tercer curso de la Escuela Secundaria. Por entonces la familia ya se había mudado desde la casa de la ciudad de F a un apartamento de Tokio. Un yakuza de la peor especie se había acostumbrado a frecuentar el establecimiento paterno de *sushi*, por lo que al final no quedó más solución que cerrarlo. Aquel yakuza era un conocido del anterior esposo de su madre, que apareció un día de

repente y, recurriendo a todo tipo de procedimientos, consiguió hundir el negocio tras dos años de inusitada persistencia. Por lo visto, la testarudez del padre jugó en contra suya, puesto que le resultaba insoportable el hecho de verse como empleado de otros, de manera que, después de cambiar varias veces de trabajo, terminó por convertirse en taxista, a pesar de que no casaba para nada con su carácter. De por sí, el hombre tenía propensión al sarcasmo, pero durante ese período comenzó a emborracharse con frecuencia. Con eso, se convirtió en un sarcástico alcohólico, poco después en un sarcástico que pegaba a la familia y, por último, en un sarcástico tan tétrico que ni siquiera soltaba sarcasmos. A pesar de que, por lo general, apenas hablaba con la madre, el padre, cuando se emborrachaba, de vez en cuando buscaba satisfacción sexual en ella, sin mediar palabra. Takashi, cuando sentía que al otro lado de la fina pared de su habitación comenzaba a desarrollarse dicho proceso, no podía evitar formarse en la mente la imagen de sus padres entrelazados en el acto sexual en medio de un paisaje infernal. En esos momentos le parecía que hasta él mismo se veía arrastrado por las redes de un mundo de lo más oscuro.

Cierto día en que Takashi se quedó practicando el bádmin-ton hasta tarde con sus compañeros del colegio, al volver a casa y abrir la puerta del recibidor vio que el interior de la casa se hallaba a oscuras y en completo silencio. Se quedó unos momentos en pie, todavía con la puerta abierta. El trabajo por horas que hacía su madre en el supermercado terminaba a las cuatro, por lo que resultaba bastante raro que no estuviera en casa. Sin embargo, más que eso, lo que le produjo mayor extrañeza fue ver que la aspiradora estaba abandonada de cualquier manera delante de la puerta del dormitorio de sus padres. Ni por un momento pensó que su madre hubiera podido recordar algún asunto urgente mientras pasaba la aspiradora, dejándola allí tal cual para salir a resolverlo. Su madre era una persona tan meticulosa que estaba todo el año colocando las cosas en su sitio y que en una ocasión incluso se permitió exponer ante él una lección vital: «Los hombres desordenan y las mujeres ordenan». Si una madre así dejaba tirada la aspiradora de cualquier manera,

tenía que ser porque sintiera la necesidad de resolver antes algo mucho más engorroso.

Aquella aspiradora tirada en medio del pasillo con aspecto sufriente resultaba un elemento desasosegador. Takashi cerró la puerta de la calle y encendió la débil bombilla de luz amarillenta que pendía sobre su cabeza. Por detrás de la aspiradora, se alargaba en línea recta el negro cable cuyo cabo quedaba ensartado entre la puerta y el marco de la entrada del dormitorio, como a media altura. El cable pasaba por allí hacia el interior de la estancia, desapareciendo de la vista. Algo tiraba del cable desde dentro. Y debía de estar haciendo mucha fuerza, porque el culo de la aspiradora, como si fuera un ratón al que están tirando de la cola, estaba un poco levantado, con las ruedas traseras en el aire.

Takashi depositó suavemente su cartera en el suelo, se quitó los zapatos y, cual visitante furtivo, se aproximó a la puerta del dormitorio. Por culpa del cable de la aspiradora pillado en medio, la puerta no se cerraba del todo, dejando una rendija de unos tres centímetros que permitía vislumbrar algo del interior del cuarto. Distinguió la mano derecha de su madre. Caída con laxitud en la penumbra, sin hacer un solo movimiento. La mujer tenía la espalda recostada en la puerta y el cable estaba fuertemente enroscado en torno a su cuello.

Takashi tuvo la impresión de que sabía que ese día llegaría alguna vez. Hacía ya muchos años que el cable de la aspiradora rodeaba el cuello de su madre. Había visto infinidad de veces a su padre borracho sentado a horcajadas sobre el pecho de ella, tirada boca arriba, mirándola con tétrica expresión, como quien se asoma a un profundo abismo, mientras repetía en voz baja, cual conjuro: «Pide perdón y muérete, pide perdón y muérete, pide perdón y muérete...». Aquel conjuro fue goteando sobre el corazón de su madre hasta que rebasó el límite y se derramó, desencadenando la escena actual.

El joven Takashi permaneció allí un tiempo de pie, incapaz de abrir por completo la puerta.

—Eh... Vuelve aquí —dijo Shiori agitando la mano frente a los ojos de Takashi con aire burlón.

Ya estaba acostumbrada a ver así a su marido. Takashi tenía ese mal vicio desde hacía tiempo y con cierta frecuencia, sin importar donde estuviera; de pronto parecía haberse quedado con la mente en blanco, perdido en sus pensamientos como si se hubiera caído a un hoyo.

—Sí, ya estoy de vuelta —contestó él riendo—. ¿Qué pasa? ¿Me preguntabas algo?

Shiori señaló el vaso vacío de Takashi.

—Que si no quieres más cerveza...

—Ah, pues... sí, creo que tomaré otra —contestó él mientras se levantaba—. Pídemela, que voy un momento a los servicios. ¿Quieres venir tú también, Taisuke?

El niño negó con la cabeza adoptando una expresión de hastío y, con la pajita en la boca, comenzó a hacer burbujas en la cocaola.

—Vaya, qué lástima, tendré que ir solo. Llevaba años acariciando el sueño de ir a mear junto con mi hijo.

Takashi se encaminó a los servicios mientras oía a su espada la burlona voz de Shiori.

—Ese sueño tuyo ya se ha cumplido varias veces.